



Elogio

incondicional de la
juventud

Aquiles Nazoa

República Bolivariana de Venezuela

Fundación Editorial



elperroylarana

juventud

Las palabras del Comandante Chávez “Hoy Tenemos Patria”, nos dicen y nos seguirán diciendo que hemos vencido la imposición del destierro y la alienación. Patria o Matria para nosotros significa refundación, reconocimiento y pertenencia. Hace 15 años las generaciones más jóvenes estaban hambrientas, perseguidas o idiotizadas. Hoy las juventudes venezolanas se pronuncian y se mueven en diversidades activas, manifiestas, con rostro propio. Hoy deseamos y podemos vivir luchando por mejorar y profundizar nuestro anclaje a esta tierra venezolana. Hoy la política no es tabú o territorio tecnócrata. Hoy la participación es ley y movimiento continuo.

Para defender lo avanzado en estos años de Revolución Bolivariana es impostergable que sigamos fortaleciendo nuestra consciencia y nuestro espíritu en rebeldía. La lectura nos ayuda a comprendernos desde múltiples espacios, tiempos y corazones, nos da un necesario empujón para pensar-nos con cabeza propia en diálogo con voces distintas.

Leamos pues y escribamos nuestra historia. Leamos y activemos la reflexión colectiva que emancipa, seamos capaces de empuñar las ideas y transformar-nos con palabras y obras.

Decía Martí que no hay igualdad social posible sin igualdad cultural, esta es una verdad luminosa que nos habla de la necesidad de alcanzar una cultura del *nosotros histórico*, que nos una en la inteligencia, el pecho y los sentidos hacia la Patria Nueva, hacia la afirmación de la vida en común, para todos y todas.

Leamos y escribamos, que de ello se nutrirán muchos más de los nuestros y seguiremos creciendo, pues con todos y todas sumando, no será en vano la larga lucha de los pueblos hacia su emancipación definitiva.

**¡Vivan los poderes
creadores del Pueblo!**

¡Chávez Vive!

EDITORIAL

E S C U E L A

el PERRO y la RANA

Años 

DANDOLETRA

Elogio incondicional de la juventud

Aquiles Nazoa

Fundación Editorial El perro y la rana, 2014
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

Correos electrónicos

comunicaciones@fepr.gob.ve
editorialelperroylarana@fepr.gob.ve

Páginas web

www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve/mppc/

Hecho el Depósito de Ley
Depósito legal lf 4022014800359
ISBN 978-980-14-2748-3

AQUILES NAZOA (CARACAS, 1920 – ARAGUA, 1976)

Poeta, prosista, dibujante, periodista, humorista... aprendiz de carpintería, telefonista, botones, empleado de una bodega, políglota autodidacta. Fue columnista de los diarios *El Universal* y *Últimas Noticias*, en el diario *El Nacional* mantuvo bajo el seudónimo de “Lancero” una columna titulada “A punta de lanza”. Colaboró con las publicaciones humorísticas *El morrocoy azul*, *Fantoches*, *El tocador de las señoras*, *Una señora en apuros* (creada por Aquiles junto a su hermano Anibal), *El fósforo*, entre otras... Es autor de *El transeúnte sonreído* (1945), *El Ruiseñor de Catuche* (1950), *Marcos Manaure* (1950), *Caperucita roja criolla* (1955), *Poesía para colorear* (1958), *El burro flautista* (1958), *Los dibujos de Leo* (1959), *Caballo de manteca* (1960), *Los poemas* (1961), *Cuba, de Martí a Fidel Castro* (1961), *Mientras el palo va y viene* (1962), *Poesías costumbristas, humorísticas y festivas* (1963), *Pan y circo* (1965), *Los humoristas de Caracas* (1966), *Caracas física y espiritual* (1967), *Historia de la música contada por un oyente* (1968), *Humor y Amor* (1970), *Retrato hablado de matapalo* (1970), *Venezuela suya* (1971), *Los sin cuenta usos de la electricidad* (1973), *Gusto y regusto de la cocina venezolana* (1973), *Vida privada de las muñecas de trapo* (1975), *Raúl Santana con un pueblo en el bolsillo* (1976), *Genial e Ingenioso: La obra literaria y gráfica del gran artista caraqueño Leoncio Martínez* (1976) y *Aquiles y la Navidad* (1976).

En 1948 ganó el Premio Nacional de Periodismo en la categoría de Escritores Humorísticos y Costumbristas, y en 1967 el Premio Municipal de Prosa, por su libro *Caracas física y espiritual*, de donde extraemos el ensayo que aquí presentamos; digno ejemplo de la sensibilidad, genio y alcance de este prócer de la cultura nacional, que en plena “bonanza petrolera” alertó con claridad las costuras de un modelo de sociedad consumista, depredadora y contaminadora que se instalaba en su ciudad... Su verbo dio a los Poderes Creadores del Pueblo más que una consigna, una frase que resume al sujeto y su obligación.

Elogio incondicional de la juventud

*Juventud, divino tesoro,
ya te vas para no volver,
cuando quiero llorar no lloro,
y a veces lloro sin querer.*

Darío

Cada vez que pronuncio la palabra “juventud” me remito a la Tragedia griega personificada en el más grande de sus nombres, en Sófocles, que a través de símbolos inmortales nos trasmitió la significación de la juventud en su fugaz y creador paso por el mundo, y que la personificó en toda la grandeza y magnificencia de su drama, en esta criatura estremecida y sangrante que fue Edipo. Edipo es un nombre que hoy no evoca a Sófocles tanto como el complejo que así se designa. Por excepción ahora no lo vamos a contemplar en la acepción patológica que le viene de Freud y desde que el psicoanálisis, escuela psicológica por él encabezada, impuso el nombre de Edipo como sinónimo de inclinación incestuosa del hijo hacia la madre.

Recordemos a Edipo en la verdadera dimensión de su tragedia como ser humano, tal como creo yo que Sófocles lo concibió para la eternidad del teatro. Layo, el rey de Tebas, en el momento más radioso de su prestigio como jefe de una colectividad que lo ama y lo acata, es condenado por los dioses a un destino siniestro.

Le vaticinan los oráculos que morirá a manos de su propio hijo y que éste, además de quitarle la vida, le sucederá en el trono, en unión incestuosa con Yocasta, la real consorte. Layo y Yocasta no han tenido aún descendencia, mas Yocasta está embarazada, y los temores que contrae el rey a partir del oscuro anuncio, comienzan a confirmarse cuando la criatura que da a luz Yocasta





es un varón; éste es Edipo. Layo para contrariar el destino que le señalan los dioses, hace llevar al niño a un monte, a Citerón, para que allí lo dejen abandonado y muera; pero pasan por el Monte Citerón unos pastores, oyen los llantos del infante y lo rescatan llevándoselo a Corinto. Allí lo entregan a Polibio, rey de la comarca, cuyo matrimonio había sido estéril. Polibio adopta al niño como hijo suyo; nunca le da a saber que no es su verdadero padre, y cuando ya Edipo ha llegado a su plena juventud, enterado por misterioso modo de que él acarreará una inmensa desgracia a su familia, a fin de salvar a los que cree sus padres de ese destino implacable, huye de la casa, toma por el monte hacia Tebas y en el camino lo intercepta un anciano que no lo deja avanzar, porque ante el joven tiene un palpito inexplicable, pero horrible. Se empeña Edipo en seguir su camino, y el viejo en impedirselo. Hay una lucha cuerpo a cuerpo entonces entre ambos y el anciano resulta herido de muerte, y allí cae. El anciano era Layo, padre de Edipo. Dejándolo allí ultimado, Edipo sigue hacia Tebas, y al legar a sus puertas, se encuentra con la novedad de que la gran ciudad Tebas se halla bajo el acoso de una esfinge, un ser sobrenatural con cabeza de mujer, alas de águila y cuerpo de león, que somete a todo el que intente entrar en Tebas a una especie de adivinanza, a un enigma. Si el viajero no es capaz de responder al enigma, la esfinge lo devora. Tebas está aterrorizada por la presencia a sus puertas de semejante monstruo, cuya afición a los pasatiempos ingeniosos ha causado ya tantas víctimas. Pero Edipo, cuando el temido encuentro le toca a él, resuelve correctamente el enigma que le propone la esfinge, y que consiste en esta pregunta: ¿Cuál es el animal que en la mañana camina en cuatro pies, por la tarde en dos y en la noche en tres? Es el hombre –le responde Edipo–, el hombre, que antes de aprender a caminar, gatea, o sea que anda en cuatro pies; que en su plenitud de vida, anda en dos; y en el anochecer de la vida, cuando ya es un anciano, necesita socorrerse de ese



tercer pie que es para el débil andar de los viejos, el bastón. La esfinge, es así vencida por el poder de la inteligencia de Edipo. El sucesor provisorio del rey, de Layo a quien el joven ha asesinado sin saber que era su padre, ha prometido la mano de la reina viuda, Yocasta, al que librara a Tebas de la esfinge. Así entra Edipo en la ciudad de Tebas, se casa Edipo con la que aún no sabe que es su propia madre, la reina Yocasta, y con ella tiene varios hijos que, por consiguiente, son a la vez sus hermanos. Azota a continuación a Tebas, una terrible peste, especie de castigo divino cuya causa se señala en la cómplice pasividad con que en beneficio de sus intereses asisten los tebanos a la corrupción de sus instituciones: intentona filicida del rey, parricidio, incesto, configurados en la monstruosidad de acto criminal que entraña la figura de Edipo: asesino de su padre, marido de su propia madre, hermano de sus propios hijos. Creyéndose a sí mismo el causante, aunque no es sino la víctima, de aquel castigo inmenso que se abate como una maldición sobre la ciudad, emigra de Tebas. Y se marcha acompañado de su hija Antígona; se marcha desesperado y en acto de suprema expiación, se arranca con sus propias manos los ojos, y así ciego y deshecha su alma, Antígona lo va conduciendo por los caminos de la tierra como a un mendigo, hasta que llorando le suplica a esas deidades de la crueldad, que tienen sobre sí la potestad de darles a los hombres la paz o el tormento, él que ya no puede con más sufrimientos sobre su corazón, les pide que por piedad le den la paz a cambio de que no se sepa que él ha existido; y así se la dan. El fin de la tragedia es el momento en que Edipo muere, y es enterrado en un lugar en que nadie volverá jamás a saber de él.

He allí una cadena de alegorías admirablemente aplicables al papel que toca a la juventud en el mundo. Layo, el rey de Tebas, configura ese momento constante en todos los períodos de la historia en que una generación que ya ha madurado y empieza

a envejecer, sintiendo amenazada su estabilidad pone en juego todos sus recursos para cerrarle el paso a la generación nueva; por la que será inexorablemente reemplazada.

Es la historia un encadenamiento progresivo de épocas, que se suceden una a las otras en el tiempo, y cada época, como dice Hebbel, propende a perpetuarse, bajo la creencia de que con ella llegó el hombre al fin de su evolución y el mundo a la consumación suma de sus aspiraciones. **Layo rey de Tebas, con sus temores sombríos del futuro, con sus precauciones en previsión del final que se le anuncia, simboliza ese encelado afán de aferramiento del hombre de edad a su circunstancia y momento histórico.** Los pronósticos de que su poder toca a su fin, asociados a la circunstancia de estar próximo a ser padre, y de que el hijo por nacer será su destructor, simboliza dramáticamente en Layo, esa ley inexorable de la historia, según la cual todo sistema está condenado a ser destruido por fuerzas emanadas de su propio seno.



Los dioses, o sea las invisibles fuerzas que gobiernan la historia, ya le han señalado al rey de Tebas su irreversible destino: morirás a mano de tu propio hijo. Es decir, la generación que viene llegará implacablemente a reemplazar la tuya, para que el mundo siga en marcha. Además te quitará tu trono, tu poder, y será el esposo de tu esposa. Y esa unión que hay entre Edipo y su propia madre es la que efectivamente se expresa en ese encuentro del joven como fuerza recién llegada al mundo, con el momento histórico en que va a vivir. La historia es ciertamente nuestra madre, pues de ella nacimos, y a la vez va a ser la madre de nuestros hijos. Esa unión, ese desposorio de Edipo con Yocasta es de alta significación desde el punto de vista del papel simultáneo, como digo, de la juventud como criatura y creadora de la historia. Y aquel epílogo tan terrible y trágico que tiene el desventurado

Edipo, aquel arrancarse los ojos de desesperación e ir a buscar la paz y el silencio, eso fue lo mismo que de otra manera había hecho Layo, su padre, cuando cumplida su misión en el mundo partió en pos de su fin en Citerón. Así como Layo debió darle allí a Edipo su lugar, Edipo a su turno, ha tenido también que ir a buscar su fin, una vez cumplido el destino histórico que le estaba señalado entonces, ya no como modelador ni como usufructuario de ese momento, sino como su gran víctima y el elegido para sufrir el escarmiento de todos, pues la juventud tiene también en el mundo, un papel redentor.

La juventud es un estamento de la vida que surge de una manera casi milagrosa, a un mundo donde ya todo está acomodado, donde todos tienen su lugar bajo el sol, donde cada uno está seguro de que con él ha terminado el proceso de la civilización, cada cual está seguro de sí mismo y de su significación, y como atornillado a los intereses que lo han erigido en árbitro de la historia. Entonces, al brotar esa fuerza extraordinaria que encarna el joven, esa fuerza magnífica que viene como de la entraña misma de la tierra, como una sustancia de fuego a ocupar el mundo, entonces se plantea lo que tradicionalmente se ha llamado la lucha de las generaciones. Las ideas viejas afirmadas en la fuerza y en lo que llaman la experiencia, se oponen a desplazarse por las buenas para pasarle la dirigencia de la historia a la nueva fuerza que surge. Los viejos movilizan una serie de sofismas para combatirlos, para no dejarlos insurgir en la tierra, y eso es lo que determina en el joven el que esa materia volcánica, que ya por naturaleza viene en su sangre, puesto que es materia nueva de vida, derive en lo que se llama violencia.

Cuando decimos viejos, deberíamos aclarar inmediatamente que no se trata aquí de la vejez considerada como un hecho



biológico, no es eso. Me refiero a la vejez mental, a la vejez de las ideas, a la vejez de las maneras de concebir el mundo; y los años físicos del hombre no cuentan tanto en ese caso. Desde el punto de vista biológico lo que se llama vejez no es sino una incapacidad progresiva del organismo humano a medida que van pasando los años, para retener la sustancia de que está hecho nuestro cuerpo: el agua. No es otra cosa el envejecimiento que una pérdida irreparable de la capacidad de retener nuestro cuerpo el agua. No tiene nada que ver eso con las ideas, que sí suelen quedarse cuando ya nuestro cuerpo se ha quedado como un viejo tinajero arrinconado. Hay hombres de 80 años y más, como Picasso, por ejemplo, que es el joven más luminoso en el mundo artístico de nuestro tiempo, y que constantemente está dándonos lecciones, no sólo de una salud y de una juvenilidad mental tonificante y que embellece al siglo xx, sino aún de niñez purísima, tal es su bondad primaria, aquella ingenuidad y aquel candor que hacen de este magnífico Pablo, además de uno de los grandes jóvenes que mueven el mundo de nuestro tiempo, uno de los niños más encantadores que haya producido la especie humana. Y algo semejante podríamos decir de Charlie Chaplin que anda también por los 80, y lo mismo de una criatura tan juvenil y tan llena de luz interior, de esa que no irradia la gente sino cuando tiene 17 años, que fue Alberto Einstein, precisamente, por encarnar la mentalidad moderna por excelencia, es decir la juventud intelectual y científica del mundo, lo puso a marchar en dirección de las estrellas.

Esos se llaman hombres jóvenes que sólo por casualidad tienen 80 o 90 años; y al contrario, se ven muchos casos un poco fenoménicos, un poco teratológicos, de jóvenes que a los 20 años ya se han rodeado de una pequeña cantidad de intereses, a los que han encadenado su impulso juvenil y empiezan a tener mentalidad de lo que se llama gente de orden, es decir,



alma de viejos. No, no se puede confundir vejez física con vejez mental. Juventud es un término más bien convencional, igual que vejez. Lo que pasa es que a uno le gustaría, ¡ay! que a su convencional juventud de ochenta años pudiera corresponder la vejez convencional de un joven de 18. **Es muy bueno tener ideas jóvenes en la cabeza; pero es aún mejor, tener recursos corporales con qué defenderlas, tener bíceps, ágiles piernas y certeros puños, con que defender nuestras ideas.**

Y sobre todo, con qué imponerlas, frente a la resistencia de una sociedad que, no es únicamente regañar a la juventud lo que hace, ni sólo agraviarla con estúpidos peyorativos –pavos, zagaletones, patoteros, vaguitos–, sino además ha convenido en señalar a los jóvenes como un estamento delictivo de la sociedad, al que ya no es cuestión de enfrentarse con sabias máximas y artículos de periódicos, sino con medios de represión activa por las armas, como a un azote.

Esa actitud, como es natural, lejos de aplacar los ímpetus subversivos de la gente joven, la afirma en su rebeldía, incrementa su agresividad, y acelera el proceso por el cual un modo de pensar evoluciona en conciencia polémica, y esa conciencia termina por cristalizar en realizaciones de fuerza.

Es aterrador que todo cambio progresivo en el devenir humano haya tenido que decidirse –como la Revolución Francesa, la Independencia de América, la Unidad de Italia conducida por Garibaldi– en términos de esos enfrentamientos ensañados entre seres humanos. Pero parece inevitable que sea ése el precio a que debemos pagar nuestros avances en la historia, mientras a cada brote de discrepancia con nosotros que nos plantee el prójimo naciente, acudamos, en vez de consultar nuestro cerebro o nuestro corazón, a la violencia represiva.



Si la represión tuviera el poder de frenar el curso de la historia, ¿cómo se explica que el mundo no se hubiera estacionado en el tiempo de las feroces batidas de Roma contra los cristianos, ni en Francia la Noche de San Bartolomé, ni en la España de Torquemada, ni en los hornos crematorios de Hitler, ni en los calabozos célebres de la Rotunda de Caracas? Y si la represión tuviera alguna eficacia como método para componer el mundo, es indudable que desde que el género humano viene llevando palos por la cabeza a lo largo de toda su historia, ya a estas alturas el mundo sería un estuche de monerías, o como dice la gente, un dechado de perfecciones.

El error más grave que cometemos al encararnos con las inquietudes de la juventud no es, sin embargo, ese de movilizar contra ellos los toletes de la represión, sino invocar para cohonestar nuestra falta de piedad para con los jóvenes, para justificar nuestra falta de comprensión humana y de sentido histórico, esa cosa que parece ser una propiedad exclusiva de los viejos, una reliquia atesorada en los baúles de la tradición, y que se llama: la sensatez. Esa palabra nos traiciona miserablemente.

La palabra sensatez perdió hace mucho tiempo su verdadero significado, de tanto que ha sido manipulada por las gentes godas para nombrar sus ideas regresionistas y estacionarias. Bernard Shaw, especialista en poner en ridículo ciertas grandes palabras interpreta sensatez como sinónimo de conformismo. Y de paso, en su traviesa interpretación, pone al descubierto la verdadera significación en que entienden los viejos la palabra insensato, cuando se la aplican a los jóvenes. “El hombre razonable –dice Bernard Shaw– es el que se adapta al mundo; el hombre irrazonable es el que lucha por adaptar el mundo a él. Por consiguiente, todo progreso ha sido obra de hombres irrazonables”.





Los viejos, en todas épocas, han comprendido bien el peligro que significa para su estabilidad como estamento dirigente, el advenimiento de una nueva generación, y por eso en cada época, ante la insurgencia de las fuerzas juveniles, han puesto en movimiento cuanto recurso tuvieran a mano para apaciguarlas, para neutralizarlas, y para desacreditarlas o para eliminarlas. A veces fue por el método de asediarlos con una hipócrita moralina, clamando contra los trajes de la juventud, contra sus peinados, contra su conducta amorosa, contra sus maneras de bailar. Pero los jóvenes nunca cedieron en esos casos, porque comprendían que en el fondo de aquellas censuras no había afán pedagógico alguno, sino una profunda envidia biológica, nacida de la incapacidad de los viejos de vestirse, de peinarse, de bailar y sobre todo de amar como ellos. A veces para sofocar los impulsos renovadores naturales de la juventud se acudió a los métodos francamente terroristas, como se ha hecho aquí tantas veces en las universidades y liceos. Y en otras acciones acudieron los buenos ancianos a la actitud farisaicamente paternalista y consejera, como aquellos que en los días ardientes de 1810 le dijeron al fogoso Bolívar que había que tener calma.

La atención que dispensó Bolívar a aquellas voces calmosas y las consecuencias de haberle sido fiel en 1810 a los impulsos de su sangre joven, cargada de fuego subversivo, nos obligan a comportarnos hoy un poco más serenamente, y más comprensivamente, ante los motivos de desasosiego que nos plantea la juventud de nuestra hora.

Si volviéramos un momento los ojos a la historia nos encontraríamos que ni cualquier tiempo pasado fue mejor, como dice el poeta Manrique en la elegía de su padre, ni tampoco el que vivimos es tan dislocado, tan descocado y anárquico como



nos parece a veces a nosotros. Todos los tiempos del hombre han sido iguales en sus manifestaciones humanas. En todas las épocas las ideas nuevas han surgido violentadas por la historia misma; las ideas nuevas nunca le han llegado al hombre servidas en bandejas, por así decirlo. Para triunfar, para imponerse, las ideas nuevas han sido motivo de grandes luchas entre el pasado, el presente y el porvenir. Ninguna idea nueva triunfa por sí sola, aunque lo merezca. No triunfa por sí sola porque cuando ella insurge en la vida del hombre ya hay ideas viejas que están desde hace mucho tiempo establecidas y como soldadas en la historia, que se niegan a cederle el puesto a las ideas que advienen, a las novedades que llegan configuradas en la presencia animosa de la juventud. Cada época trae consigo el agotamiento de unas ideas y la insurgencia de otras, repetimos, que vienen a desplazarlas en la historia; y ninguna idea nueva –como decimos– se impone sin lucha, porque las ideas viejas son tenaces, son porfiadas, son duras de reconocer que las nuevas puedan ser mejores. Eso es lo que resume aquello que se ha llamado tradicionalmente en la historia, lucha de generaciones. Y al hecho de que esa lucha está siempre activa en nuestro vivir, es a lo que debemos lo que somos como civilización. Cada generación trae ideas que no son todavía las mejores, que a veces no son todavía ni ideas mismas, sino emociones en cuanto a que están aún en ebullición, en proceso formativo; pero no hacemos bien en cerrarles el paso, ni materialmente ni con actitudes espirituales negativas o de incompreensión.

Cuando un tumulto estudiantil nos fuerza a detenernos en la calle y nos impide el paso de nuestro automóvil, es a la circunstancia histórica que los lanzó a la calle a la que debemos culpar del retardo que nos significa el conflicto, y no a los jóvenes. ¿Por qué?, porque si la juventud cediera a nuestro señalamiento, si la juventud de verdad se plegara a esa exigencia de no estorbar

con sus tumultos que nosotros le imponemos para desplazarnos cómodamente por la calle en nuestro automóvil en el momento de un conflicto, tal vez podríamos continuar la marcha en nuestro carro, pero con la misma nos detendríamos en nuestro proceso civilizador, nos detendríamos en nuestro avance histórico. En todas las épocas hubo tumultos estudiantiles, en todas las épocas hubo manifestaciones estudiantiles que interceptaron el paso de los carruajes por la calle, y en todas las épocas se impusieron a la postre las ideas que estaban envueltas en esos conflictos callejeros.

Cuando nosotros condenamos a los universitarios, cuando condenamos porque manifiestan a los liceístas y los insultamos diciéndoles vagos, diciéndoles irresponsables y endilgándoles otros adjetivos tan estúpidos, cuando porque están revueltos impetramos para ellos la intervención de la fuerza bruta, estamos mostrándonos como ignorantes de los mecanismos por los que avanza la civilización. No recordamos que por lo que podemos hoy andar en automóvil, en vez de estar todavía colgados del árbol primario, es porque hubo siempre jóvenes que en el momento de hallarse en peligro de perecer o de retrogradar las ideas por las que el hombre llegó al automóvil, salieron a defenderlas por la acción combatiente en las calles.

La gente trivial, la gente cómoda y además ingenua, cree que las efusiones políticas de la juventud son actos inmotivados, explosiones emocionales, como les dicen también, simples variantes de la misma “necesidad de acción” que los lleva a hacerse fanáticos del fútbol o a repetir mecánicamente la canción de moda. Ese juicio simplista y tan cómodo con que pretende la gente despachar las revueltas de la juventud, se ha resumido hoy en la expresión “Rebelde sin Causa”, acuñada por el cine norteamericano. Para justificar sus actitudes de



condenación a estas incómodas efervescencias de la rebeldía juvenil, también se pretende tipificarlas como un fenómeno sin precedentes en ninguna época de la historia.

Ambas creencias son falsas. Así como se dice que “Ni la hoja de un árbol puede moverse sin la voluntad de Dios”, así puede asegurarse igualmente que en las sociedades no se produce ningún brote de inquietud que no obedezca, en la intimidad de su mecanismo, a alguna causa histórica explicable. Sobre todo tratándose de estas algaradas juveniles, que así se teorice tanto acerca de su espontaneidad, tienen muchos rasgos que permiten distinguirlas de una simple partida de fútbol improvisada en la calle. Por lo menos sugiere un estado colectivo de conciencia y de decisión heroica, el hecho de que sean tantos los que en ellas están constantemente exponiendo su integridad física, su libertad y su vida. Tal vez no le atribuyamos a estos actos otra motivación que el instinto de embochinchar el orden público, porque nuestra elementalidad política las aprecia tan sólo en su aspecto externo, en lo que nos molesta de esas manifestaciones, en lo que muestran en la calle. Pero, ¡cuidado! con lo que vemos en la calle; tratándose de ciertos conflictos sociales, nos sucede lo que en el teatro cuando hemos llegado con retardo a la función: perdidos uno o dos actos anteriores, nos es imposible hallarle una coherencia, una explicación, una lógica a la parte del drama que nos ha sido dado ver.

Las manifestaciones de calle son como la última etapa, siempre, de una discusión comenzada mucho antes, de otra manera y en otro lugar; de una discusión, cosa curiosa, que casi nunca fue de tipo político en su origen. Siempre se trató, en la génesis de estas cosas, de invenciones, de teorías, de modos originales de interpretar el mundo, con los que algún creador talentoso, algún pensador o científico revolucionario, soñó contribuir al



mejoramiento de la vida humana, pero que le fueron rechazados por los orientadores del ideario vigente, de la filosofía dominante en su momento, en vista de la amenaza que por su índole misma entrañaban tales novedades para la continuidad del sistema imperante. Esto fue lo que pasó en tiempos del Renacimiento, con los descubrimientos astronómicos de Galileo, y con la filosofía naturalista de Giordano Bruno, lo mismo que en los días alborales de la era industrial, con las mentes avanzadas que proponían el reemplazo del trabajo manual, de la tracción de sangre o de la navegación a vela, por las posibilidades mecánicas del vapor. Ahogadas en su principio estas ideas en el seno de los laboratorios, de las academias, de aquellas instituciones, en fin, representativas del pensamiento dominante en cada época, aquellos sus únicos simpatizantes que como es natural fueron los jóvenes, hicieron causas común en el propósito de imponerlas contra toda oposición de los poderes establecidos. Para lo cual trasladaron a la calle, formuladas en términos que el pueblo pudiera comprender, sus ventajas como valores para todos. Así nacieron las ideas políticas.

Los que fuimos una vez jóvenes y ya no lo somos tanto, sabemos que esas tareas de cambio histórico no las puede llevar adelante sino la juventud, único elemento de la sociedad en quien a la necesidad de un cambio, se unen las posibilidades de lograrlo, y además los impulsos espontáneos de su propia vocación biológica.

La juventud es por excelencia la encarnación de las energías de que dispone la naturaleza y dispone la historia para renovarse. Su misión es en la crisis de estancamiento de la civilización, violentar, cambiar mediante la lucha aquello que se niega a mudarse, a desplazarse, a ceder de buen grado al avance del tiempo. **La juventud, por poseer agilidad, fuerza, entusiasmo**



y coraje, es por antonomasia, la salud de la historia y el nervio vital de la especie. Comparece a la cabeza de todos los conflictos sociales en cada época, como un agente de purificación del tiempo. ¿Por qué? Porque su visión de juventud no está todavía –no ha tenido aún tiempo de estarlo– interceptada por ningún prejuicio, ningún convencionalismo, ninguna enseñanza ni ningún módulo de conducta de aquellos que conforman la vida de la generación anterior.

Apto como está para mirar con claridad las cosas, el joven, lo primero que comprueba cuando aparece en el mundo es que todo aquello que se le enseña por las vías de la educación, ya sea doméstica o escolástica, está en escandalosa contradicción con las realidades que él comprueba en la vida y en la visión directa del mundo. Su experiencia tiende a negar, pues todo aquello que se le trata de inculcar en la escuela o en la casa; y primero discrepa entonces del mundo en que viene a inaugurar una nueva visión de las cosas, después se da cuenta de que hay resistencia por la parte de la generación anterior a dejarle que él discuta o imponga sus ideas. Y es así como se echa a la calle, en pos de aliados para su causa, como lo hizo Jesucristo. Las ideas del joven están todavía oscuras, están aún en formación, y es posible que yerre en sus búsquedas; pero de ninguna manera puede uno tratar de quitar al joven del camino de su posible error juvenil, imponiéndole por su parte un error de los que ya vienen establecidos en la historia. No puede cambiarse un error por otro, ni puede dársele a la juventud el error que ya traíamos del pasado para que él lo sustituya con la que cree su verdad y con ese error como bandera, avance en la historia. A causa de ese sistema de convertir errores y estupideces en una especie de enfermedad hereditaria legada de una generación a otra, a veces se perpetuaron por centurias las más dañinas aberraciones de la cultura. En la Edad Media remota, el sistema de enjuiciar y



de castigar y de aplicar justicia entre los hombres, era de los más salvajes que uno pueda imaginarse, y aquello duró muchos siglos y por muchos siglos fue admitido como la única manera posible de hacer justicia. Ese es el caso, por ejemplo, de aquel método que se llamaba El Juicio de Dios en los siglos de la Edad Media. El Juicio de Dios consistía en que cuando había duda acerca de la culpabilidad de un reo en el tribunal, entonces se le hacía sumergir su mano en agua hirviendo y a continuación se sometía a una observación constante durante días el proceso que seguía aquel bárbaro escaldamiento de la mano; según lo que dibujara aquella ampolla inmensa que se le volvía al reo la mano a medida que evolucionaba la escaldadura, decidía el juez si el indiciado era culpable o no. Eso era lo que llamaban El Juicio de Dios.

La palabra “sospecha”, que define la intuición de la verdad, dio nombre a otro de los espantables procedimientos empleados en aquellos tiempos para establecer la culpabilidad de ciertos reos. Sospecha viene de *suspectum*, que es latín; *suspectum*, que es un compuesto de *sursum*, que significa arriba (recordamos *sursum corda*, en la primera parte de la misa, en que el sacerdote exclama; *sursum corda*, o sea, arriba, corazones), y por el otro lado, de *spectum*, de donde viene espejo, de donde viene espectador, de donde viene especular, que es también una manera de buscar la verdad, en fin, *spectum*, que es forma de “mirar”, “yo miro hacia arriba” es lo que quiere decir la palabra “sospecha”, “sus” y “*spectum*”, y bueno, así se nombra ese expediente tan curioso y cruel que asistía a los jueces en la edad Media cuando se trataba de enjuiciar a las mujeres que estaban incursoas en un presunto delito de infidelidad. Si la infidelidad no era flagrante, si había dudas acerca de la culpabilidad de la mujer en esa circunstancia de acusación, entonces se acudía a lo que se llamaba el cáliz de sospecha. A la acusada le daba el juez a beber una copa, un cáliz



que contenía una bebida altamente tóxica; se la hacía beber en presencia de todos los que componían el tribunal; y si la infeliz no daba demostraciones de intoxicarse con aquel brebaje, se la declaraba inocente; pero si como ocurría normalmente la pobre caía prácticamente envenenada por aquel endemoniado brebaje, presa de pavorosos dolores en el vientre y vomitando, entonces se tenía por culpable. Eso era la prueba del cáliz de sospecha.

Nos parece hoy inconcebible que a nadie se le hubiera podido ocurrir jamás ni siquiera relacionar la idea de justicia con semejantes procedimientos de salvajismo, supersticiosos y crueles. Y sin embargo, por muchos siglos constituyeron en Europa la base, por decirlo así, en que descansó toda la administración de justicia. Aún sus víctimas las consideraban inmejorables, eran acatados como expresión de la voluntad inapelable de Dios. Cuando insurgía contra ellos, en nombre de la razón y el humanitarismo, alguno que los consideraba insensatos, criminales y absurdos, entonces recaían sobre el discrepante los señalamientos de ateo, agente de la subversión contra las instituciones, enemigo del orden, de la religión y de la familia.

Todo cambia en el mundo, menos al parecer las palabras que se le endilgan por las mentes estacionarias, a todo el que aparece trayéndole a su época alguna idea nueva, algún motivo de controversia con el pensamiento dominante. Quien conozca la causa sonadísima por la que alcanzó celebridad mundial el gran abogado norteamericano Clarence Darrow, sabe las vicisitudes, increíbles en este siglo, por las que debieron pasar, en ese país, antes de conquistar un modesto lugar en la enseñanza, las ideas modernas relativas a la biología. Aún hoy, con todo y sus cohetes interplanetarios, hay todavía en los Estados Unidos muchos



lugares donde la teoría de Darwin acerca de la evolución de la especie es materia de enseñanza prohibida por la ley, y el maestro que ose siquiera mencionarla en su escuela, que no sea para ponerla en solfa, no solamente es retirado en el acto del cargo, sino encarcelado y sometido a juicio bajo acusación de hacer propaganda comunista, atentar contra la seguridad del Estado, proponer el derrocamiento del Gobierno por la fuerza, o estar al servicio de una potencia extranjera.

No se conoce época de la historia en que los portadores de ideas nuevas, los rejuvenecedores del mundo no fueran señalados como enemigos de alguna de esas grandes palabras con que la sociedad que ha envejecido nombra sus intereses. Ni hubo época en la que el portador de alguna idea nueva no fuera objeto por los personeros de las ideas viejas, de las más atroces persecuciones o terribles castigos. Jesucristo es el ejemplo más conocido; el más extraño es la cristianísima Juana de Arco, que fue sacrificada por las propias autoridades cristianas, en vista de que su cristianismo les pareció excesivo. En la Francia del siglo XVIII, una idea aparentemente tan inofensiva como la de renovar la manera de cantar la ópera, desencadenó un conflicto civil sangriento, el que se conoce como “La Guerra de los Bufones”. Todos los libertadores de nuestros países, sin excepción, en el momento inicial de su insurgencia contra España fueron, unos asesinados, otros perseguidos como enemigos de Dios, todos declarados bandidos y forajidos y viciosos, y no sólo por los gobiernos, sino por sus propios pueblos. La historia de las ciencias, de la filosofía, hasta la historia del arte, es un nutrido martirologio, hombres de mentalidad nueva, inventores, pensadores, poetas, juventudes que purgaron sus anhelos de renovar al mundo en la hoguera, en el cadalso, en la guillotina o en la miseria. Sin embargo se impusieron a la larga, y los que en vida fueron acosados o exterminados, pasaron luego a



embellecer con sus estatuas las plazas de las grandes ciudades, o a la gloria heroica de los panteones. Pienso por eso que ante los conflictos hoy protagonizados por la juventud, los de nuestra edad debemos observar una actitud cautelosa, comprensiva en lo más que podamos, solidaria en todo lo posible, y en cualquier caso discreta, no sea que en vuelta de unos años nos llevemos el gran chasco. Tratemos de comprender las inquietudes de los jóvenes, y aunque no les concedamos toda la razón en los motivos de su ardiente discrepancia con el mundo que nosotros representamos, concedámosle al menos una cosa: que la imagen del mundo que nosotros le oponemos al que ellos proponen, está desvirtuada por la insinceridad, por la cobardía a permitirles que lo vean en toda la autenticidad de su trasunto.

La juventud tiene que estar en actitud discrepante constantemente frente al medio a que insurge, porque permanentemente está topándose con un contraste vergonzoso entre lo que le dicen, entre lo que le enseñan, entre lo que le exaltan como modo de vida ideal, y lo que en la experiencia va encontrando a cada paso por los caminos del mundo. Es un contraste miserable. Se le dice que vive en el mejor de los mundos, en lo que se llama el mundo de la libertad, y a la salida a la calle bien puede encontrarse con una comisión que lo recluta, o también con otra comisión que está cumpliendo una de esas tareas de terrorismo colectivo llamadas redadas. Se le dice que vive en un mundo de libre oportunidad para todos, y al ir a la calle a buscar su oportunidad lo que encuentra es el rechazo de los que están ya acomodados y nada quieren cederle del pedazo de mundo que ocupan. Se le dice que bajo el sistema democrático el hombre es feliz, y quizá ya él está destinado por su pobreza, a ser uno más de esos miles y miles que en la realidad de este mundo, sufren, envejecen y mueren sin haber conocido jamás un solo minuto de felicidad



en su vida. Nos les mostramos como sumos practicantes de la religión del amor; ya se sabe lo que en nuestro mundo se entiende por ese alto sentimiento: una red de engaños, trampas, intereses y odios soterrados. Le predicamos al joven el amor a los grandes ideales de la libertad; el sacrificio del transitorio bienestar por las superiores causas del hombre, y en la realidad del diario vivir nos les mostramos como una turba de gentes mezquinas, aferrados a pequeñísimos intereses y cosas de uso, que sofrenamos los latidos de nuestro corazón y los impulsos de nuestra inteligencia, por temor a ser despojados de nuestras refrigeradoras, de nuestros carros, de nuestras lavadoras, de nuestras pulidoras, de nuestros tocadiscos, del cúmulo de objetos inútiles y vulgares a los que hemos vendido nuestra alma y nuestra conciencia.

Nos quejamos de lo poco estudiosos que son nuestros jóvenes: la respuesta que él puede darle, desde su experiencia, a este reproche es que ninguno de sus conocidos que estudiaron matemáticas, griego, literatura y física ha logrado, ni remotamente, llegar a las alturas de prosperidad y significación social en que se encuentran los más conspicuos analfabetas de la nación, convertidos en auténticos héroes nacionales por la televisión, la radio, el periodismo, la politiquería y el comercio deportivo. En nuestra propia acrimonia ante la juventud, observamos una insinceridad terrible; la censuramos en nombre de una moral, de un sentimiento de responsabilidad, de un deber de respeto y de otras cosas bajo las cuales lo que en realidad palpita es el melancólico resentimiento de comprobar que ya no somos como ellos. En nuestro caso parece cumplirse aquello que decía La Rochefoucauld: “Los ancianos están a toda hora dando buenos consejos, consolándose así de no poder dar por su edad malos ejemplos”. No rige nunca en el mundo de la gente mayor, tan lastrada de prejuicios, intereses, resentimientos y



convencionalismos, no rige nunca un criterio sincero para ver a la juventud, y entre nosotros menos. Si fuéramos sinceros, más que condenar a los jóvenes por sus defectos, admiraríamos el que hayan podido todavía conservar tantas virtudes, nacidos y crecidos en una atmósfera histórica tan negativa como ésta que a nosotros nos parece tan agradable.

Si usted le está dando constantemente en dosis intensivas y bien cuantiosas a la juventud como lección constante de vivir, el espectáculo de un mundo que ha hecho de la tenencia de cosas el centro supremo de los intereses del hombre sobre la tierra; si usted le está diciendo constantemente a la juventud a través de todos los medios de divulgación habidos y por haber, que el triunfo en la vida está asentado en el hecho de poseer mejores automóviles, de tener las refrigeradoras más caras, de comprar los aparatos más bonitos de pulir los pisos, de atiborrar su vida cotidiana de desodorantes, de cepillos dentales eléctricos, de chatarra tecnificada y costosas; si usted somete sistemáticamente a un joven, mediante un régimen continuo de televisión, al espectáculo de una sociedad que se burla de los valores sustanciales de la condición humana, del sentimiento de la libertad, la inteligencia, y envilece la idea del amor, ¿qué otra cosa podemos esperar de ese joven, sino todo lo que censuramos en él después que fue eso lo que le dimos? Si ese es el tipo de enseñanza que le hemos dado ¿por qué quejarnos de que la haya aprovechado tan bien?

Nos conturba la falta de apego del joven a sus estudios. Pero ¿es que tiene nuestro sistema de estudios algo que pueda prender en el interés del joven como aliciente a su curiosidad, de su imaginación o de su sentimiento? Los estudios de bachillerato en nuestro tiempo, ¿qué son en Venezuela? Son un simple juego de preguntas de las que antes se hacían en las secciones recreativas



de los almanaques, en los libritos de adivinanzas. No se estudia nada a fondo, se trabaja simplemente para memorizar unas nociones de ínfima calidad, que parecen de concurso de radio, y que el joven se aprende mecánicamente para responderlas en el examen, a donde va por su título. Cuando el joven lucha por intereses fundamentales de la colectividad, por lo que quiere ser como ciudadano, como persona, como hombre de su época, ¿qué se dice?, que está perdiendo el tiempo en sus estudios; con lo que se quiere decir que está perdiendo un año de los que tiene que pasar a toda carrera (por eso se llama carrera) para llegar al codiciado título. El título, esto es, el pasaporte hacia el éxito, es lo que mandamos a buscar al joven en las aulas, y siempre que nos lo traiga al fin del curso, poco importa que en materia de formación no sea sino una cifra más en el numerosísimo gremio de los ignaros titulados. Yo creo que más pierde el tiempo un muchacho estudiando cosas triviales que no conducen a ninguna parte, que son enrevesadas e insuficientes en su exposición, que están mal expuestas, y que además son casi todas falsas, creo que se pierde más tiempo copiando lugares comunes y caletreándose nociones anticuadas, que en la calle manifestando o mirando simplemente el pasar de los automóviles y la gente. Porque al menos ahí hay una lección directa de vida.

Entonces, el joven ¿qué va a darnos de sí sino un fiel producto de lo mismo que le hemos dado? Ese desbordarse del sexo que cunde en nuestro tiempo entre todas las juventudes, ¿por qué la gente sería lo censura en sus efectos y no en sus causas? El hombre lleva dentro de sí un instinto natural de libertad, al que si no le diese salida cada cierto tiempo, y de algún modo, lo ahogaría. La juventud tiende a desahogarlo por las vías nobles y creadoras de la lucha política y de la discusión de ideas. Pero estas manifestaciones se le reprimen dura y tenazmente.



Se comprende entonces que obturadas todas las demás posibilidades de ejercer su impulso natural de libertad, haga uso de la única que por no amenazar la estabilidad del sistema, es la única que le está permitida. En esa manía de desnudez y obscenidad que ha invadido ahora el teatro, la literatura, y la vida de las ciudades, no veo yo otra cosa que un desplazamiento del sentimiento de libertad, impuesto a las nuevas generaciones por el régimen de creciente represión política, hoy imperante. Las gentes mayores se alborotan mucho porque los jóvenes se recrean, como sólo ellos pueden hacerlo, en esas prácticas del cinismo sexual; pero es a los jóvenes a quienes condenan; de ninguna manera, yendo a la raíz del asunto, exigen se le dé a la juventud otra opción de libertad. Si no se le permite a uno desahogar sus impulsos de libertad por la palabra, por las ideas, por la lucha, pues, es comprensible que tienda a desarrollarlo por cualquier otra manera, porque si no uno simplemente estallaría. En 1965, el 18 de octubre, se estableció que los universitarios más diestros del mundo en materia de destruir pianos a hachazos, son los de la Academia de Artes y los del Colegio Técnico de Meadway en la ciudad de Kent. Todos los años se celebra allí un concurso internacional al que acuden universitarios de toda Europa y de los Estados Unidos. Es una especie de campeonato o festival del destrozo, cuyo motivo es la destrucción, a hachazos, de uno o más pianos. Para esa finalidad se ponen a disposición de los participantes pianos de diversos modelos y fabricados en distintas calidades de madera. Los concursantes se organizan por equipos. Casi siempre los equipos se integran con jóvenes de distintas nacionalidades, a fin de fomentar así la fraternidad internacional entre los destructores profesionales de pianos. En la prueba que tuvo lugar el 18 de octubre de 1965, los estudiantes de Meadway batieron el récord mundial, al dejar tras de ellos, totalmente destruido a hachazos, un piano de cola, de concierto, en exactamente tres minutos y once segundos.



Los fragmentos a que fue reducido el piano quedaron en capacidad de pasar, como lo demostró el juez del torneo, por un anillo de treinta centímetros. Esta forma brutal, estúpidamente inútil y degradante, de consumir sus energías la juventud, en esas circunstancias se llama deporte. Pero si el joven aplica esas mismas aptitudes a una finalidad noble y de interés social, entonces oficialmente ya eso no se llama deporte sino violencia. No se concibe una imagen más atroz de la violencia, porque es violencia elemental, que el frenesí de un grupo de jóvenes afanados en la tarea de destruir un piano a hachazos. Pero lo que decide a la luz de nuestros intereses la calificación de estas prácticas, no es su espectacular desbordamiento de instintos primarios en acción; es el grado de participación que en ellos pueda tener algún tipo de conciencia. Violentos llamamos a estos hechos cuando su objetivo no es un piano sino nuestra estabilidad en la dirigencia del mundo. Son una constante de todas las épocas de la historia en sus momentos de crisis, estos márgenes de expansiones toleradas que se le proporcionan a la juventud en reemplazo de aquellas que simultáneamente se le coartan. Un famoso historiador de las luchas juveniles, Gregorio Bermann, ha llamado sucedáneos de la libertad a la multitud de medios que se le facilitan al joven para que sin comprometer la estabilidad del tema, encauce sus necesidades de acción, sus inclinaciones afectivas, su vocación de originalidad y alegría, en dirección de una visión artificiosa, individualista, deshumanizada y cruel del mundo. El amor, cuando no sofisticado por una cursilería lacrimosa que se los muestra como un sentimiento ridículo y despreciable, se les presenta como una pasión elemental, instintiva, fundamentada en la obscenidad y en la fuerza. No se les permite a los jóvenes, en la televisión, responder los pronunciamientos, siempre interesados e injuriosos, que señalan manifestaciones estudiantiles como actos pandilleros. Pero se les halaga con premios para que se exhiban



ante el público compitiendo a cuál se muestra más necio o más indigno y vulgar. En las películas, en las distracciones gráficas llamadas tiras cómicas, se les fomenta la desestimación a la vida humana, la idea del éxito asociada a la aptitud para matar. Estos matices del acondicionamiento para la barbarie, son los que nos aterran cuando los contemplamos reunidos en su consecuencia natural, en la patota, sin advertir que se trata de nuestro propio retrato hablado. La patota, la delincuencia juvenil, los actos de destrucción misma, las irrupciones vandálicas en las fiestas por el simple gusto de acabarlas, las consumaciones delictivas del instinto sexual, esas son las formas de la violencia anarquizada que hemos permitido progresar al calor de nuestro miedo a la violencia política.

Seamos sinceros, queridos amigos, hagamos intervenir en nuestra visión de las cosas un poco de amor, un poco también de objetividad dialéctica, y en vez de situarnos ante la juventud como sus acusadores, como sus jueces o como sus víctimas, veámosla como lo que hemos hecho de ella. Es semejante nuestra relación de causa a efecto en este caso, a lo que sugiere la respuesta de Picasso a un oficial alemán durante la ocupación de París, según anécdota famosa. Se cuenta que ante su célebre cuadro *El Bombardeo de Guernica*, inquirido por el alemán el gran pintor: “¿Eso lo hizo usted?”, la respuesta de Picasso fue: “No. Eso lo hicieron ustedes”.







Se terminó de imprimir
en febrero de 2014
en Editorial Latina, Caracas.

La edición consta
de 3.000 ejemplares.

www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve/mppc/

twitter: @perroyranalibro

facebook: editorialelperroylarana

